

bre civilizado es mas poderoso que el bárbaro.

¿Quién sostiene esta incontrastable superioridad que ejerce el Europeo sobre el bárbaro Asiático y Africano, sino es la remontada inteligencia que nos conceden el Turco y el Oriental, el Tártaro y el Indio? No se les oculta á estos pueblos que solo pueden triunfar con nuestras armas y nuestra táctica y sobresalir con nuestras artes y nuestros inventos. Aniquilad esas artes victoriosas, y veréis desaparecer el fausto de los príncipes, la magnificencia de las naciones; solo subsistirán la hez de la barbarie y los vicios que dimanán de selvática ferocidad, como en tiempo del Bajo Imperio Romano, cuando decayeran las ciencias. Entonces llega la despoblacion, con la supersticion y el despotismo, para consumir la ruina de la sociedad; entronízase entonces la naturaleza bravía, como lo muestran los escombros de las antiguas maravillas de Babilonia, Palmira y Ménfis, tristes restos de florecientes imperios, vivificados en lo antiguo por las ciencias, el comercio y la industria del Oriente, y hollados en el día por el Beduino errante.

No bien llega un Europeo entre los salvajes, los reúne, levanta ciudades, plantea mil artes ingeniosas, que multiplican las riquezas y recursos de aquel pueblo recién-establecido, y le encumbran al supremo alcázar labrado por su escelso númen.

Si posible fuese aniquilar nuestras ciencias y borrar la historia de lo pasado, tanto valdria que nos arrebatasen los recuerdos de nuestra mocedad y de nuestros yerros, para engolfarnos de nuevo en el

vergonzoso cerco de nuestros desbarros y torpezas. Si eternizásemos la inesperienza, condenando el espíritu humano á la niñez y á la incapacidad, reduciríamos nuestra especie á la desgraciada suerte de aquellos príncipes asiáticos, á quienes administran brevajes propios para embrutecerlos y quitarles la esperanza de reinar. El tártaro y el salvaje, que ignoran la historia de sus padres, no pueden aprovecharse de la experiencia que estos adquirieron, y se ven reducidos á intentarlo todo de nuevo; pues carecen de principios jenerales. Entonces el jénero humano, semejante á las razas de animales encenagados en su orijinal estolidez, iria reemplazándose en este globo, á la manera que las hormigas, cuyas jeneraciones destruyen las obras de las precedentes, y no sacaria ninguna ventaja de lo que antes se hiciera, cual, si condenado por la naturaleza al martirio de Sisifo, tuviese que levantar en todos tiempos el peñasco de la barbarie, que vuelve á caer continuamente para aniquilarle de una vez.

¡Y qué! ¿habrá la naturaleza dado al animal humano el cerebro mas capaz, la facultad de reflexionar, la ardiente curiosidad de saber, y manos aptas para ejecutar toda suerte de obras, con la mira de que yazca como las mas hediondas criaturas de la tierra? ¿No asomámos al mundo desnudos, endeblillos y sin armas para que nos inclinásemos á la vida social y á valernos de nuestra industria creadora de primorosos artefactos? ¿Vendrémos á ser depravados porque no vivimos como el orang-

utang? ¿Adolecemos de tantísimos quebrantos solo porque pensamos, segun supone Juan Jacobo Rousseau? Por cierto que tambien se despereza el salvaje acometido de sus dolencias, calenturas biliosas y pútridas, reumatismos, flegmasias cutaneas, etc., segun lo notó en la América septentrional Benjamin Rush. Nuestros ganados tienen tambien sus enfermedades, causadas por su jénero de vida mas bien que por sus reflexiones. La existencia intelectual y estudiosa está tan distante de ser enfermiza y enemiga de la naturaleza; como que se ha probado por los registros de mortandad, con los ejemplos de filósofos y hombres que se dedican á la vida contemplativa, como los bracmanes y anacoretas, que el estudio moderado dilata extraordinariamente la vida y la salud.

En efecto, las graves meditaciones que arrebatan el ánimo, alejándole de los sinsabores y pesadumbres diarias, atajan el vaiven de nuestras pasiones, embalsaman celestialmente las horas, y despiden todo deseo que no se dirija al descubrimiento de nuevas verdades y á los progresos de la ciencia y de la sabiduría. Aquel estado de moderacion trae necesariamente consigo la sobriedad, y desvia de los deleites acalorados: los verdaderos sabios, rarísima vez afectos á la fortuna, no dan cabida á los estragos del lujo ni de la relajacion; pues esta seria incompatible con el estudio: así pues, la vida retirada, la medianía, á veces la indijencia, el filosófico desapropio de toda sensualidad, proporcionan una existencia tranquila, virtuosa, templada con la

paz del alma y del cuerpo: de esta suerte llegaron á una edad avanzada Solon y Teofrasto, aprendiendo siempre, como en el siglo décimo octavo, Newton, Fontenelle, Cassini, etc. ¡Cuán grato es contemplar desde el puerto los naufragios de la vida humana, y atesorar la sabiduría con la esperiencia de ajenas locuras, bien así como desde nuestros abrigados aposentos escuchamos los ruidos del huracan que azota los campos!

Suave mari magno, turbantibus æquora ventis,
E terra magnum alterius spectare laborem.

Pocas palabras bastan para echar abajo el cúmulo de necias acusaciones de los interesados en declamar contra la civilizacion. Jamas pudo esta derramar el error y la supersticion sobre la tierra, puesto que los está de continuo acosando; no limitó la inteligencia humana á la escolástica de la edad media y del peripato, puesto que ella sola desencarceló el pensamiento. Muy lejos de solemnizar la autoridad de los maestros, las ciencias propenden á la duda y al exámen de todas las opiniones; lejos de impugnar la relijion y las leyes, derriban al contrario la supersticion y el despotismo, sus mas funestos enemigos. ¿Y á quién le ocurrió jamas que el estudio quebranta el espíritu, en vez de engrandecerlo y alimentarlo con los arranques sublimes y jenerosos que son el pan de los fuertes? El cultivo de nuestra razon no puede enjendrar la locura, ni el exceso del saber embotar el entendimiento ó trastornar el juicio; ¿y quién duda que la necesidad que no se conoce es mas incurable que la que procura en-

mendarse con el estudio? Es cierto que los defectos del alma, cuando iluminados por la luz del saber, aparecen mayores; y por eso llaman mas la atencion en las personas instruidas que en los ignorantes; pero está la ciencia tan lejos de ser su orijen, como que incesantemente procura esterminarlos. Si la civilizacion no alcanza á fortalecer todas las almas, ¿lograrémos tamaño objeto viviendo en la ignorancia y en el desamparo, lejos de los nobles ejemplos que nos proponen la historia y las doctrinas morales? Si puede el númen encumbrarse con sus propias fuerzas, con solo observar la naturaleza, ¿cuánto mas audaz no será su vuelo si se ve fortalecido por el estudio y estimulado por la emulacion, que forzosamente debe inspirarle la sociedad de otros ingenios tan sublimes como el suyo? Las ciencias son hermanas y se estrechan las manos. Por otra parte los alcances se avivan é ilustran por medio de las comunicaciones ó mútuos reflejos de sus luces. Es verdad que la ciencia no constituye por sí sola el verdadero númen, pero lo fecundiza, y cual ráfaga halagüeña, le hace florecer y fructificar.

No se nos oculta que ciertas jentes acusan á las ciencias de conmovier los estados, proclamando los beneficios de la ignorancia para la estabilidad de los gobiernos, ó la eterna medianía que impusieron á los Chinos y otras naciones el despotismo y sus falsas creencias: pero ¿quién levanta estas imputaciones, si no son esos hombres que llevan estampado en la frente el sello de la incapacidad y de la ignorancia, y que hartos viles y despreciados para que

dócilmente les obedezca un pueblo ingenioso, valiente y mas ilustrado que ellos, quisieran mas bien conducir con el látigo en la mano viles piaras de cuadrúpedos? Señoreen en buen hora esas gentes á los brutos; que los verdaderos estadistas no se quejarán nunca de la industria y talento de una nacion jenerosa y magnánima, y los reyes grandes cifrarán siempre su gloria en gobernar hombres de mérito. ¿Qué nos importa á nosotros que un estúpido sultan vaya blandiendo su cimitarra sobre la cabeza de tantos miles de estólidos esclavos! Algunos soberanos de Europa se colocan al frente de pueblos ingeniosos y libres, y alcanzan mayor poderío que los Jerjes y Nabucos. Venecia supo en otro tiempo contrastar toda la potencia otomana, la cual pedia á aquella orgullosa república sus artistas y artefactos. Si los Chinos no fuesen tan estúpidamente adictos á la imperfecta civilizacion de sus mayores, ¿habrian doblado la cerviz ante los Mogoles, Eleutos y Tártaros? No: la ignorancia no cura ni la flaqueza ni el error, y la ceguedad no advierte los precipicios. Es cierto que los políticos vulgares desechan á los varones doctos del santuario de la diplomacia y de los negocios de estado; y no dejan de tener sus razones: *quasi ex propinquo nimis diversa arguentes*. Temen con fundamento el parangon, pues si empuña el timon del estado alguno de esos espíritus vigorosos, empapado en sublimes conceptos, partos de la filosofía y de la ciencia, como un Lhopital, un Sully, un Colbert, un Malesherbes, eclipsanse entonces todos esos hombres superficiales que

frecuentan los estrados y que procuran zaherir con escarnios la ciencia que no poseen. Creen los tales que se puede gobernar á los pueblos ni mas ni menos como se obsequia á las damas de los príncipes: es cierto que con tan palaciegos consejeros juegan los soberanos sus reinos á la aventura, y siembran revoluciones para lo venidero. La historia severa contará algun dia á los hombres el castigo de la ignorancia que menosprecia sus lecciones, porque un Tácito no halaga el oido de los reyes con vergonzosas lisonjas.

Pero los verdaderos sabios se retraen de un mundo que los desconoce y al cual desprecian. Satisfechos con mandar á la intelijencia, que es la facultad del hombre mas noble y rebelde, levántanse un trono con el brio sobrehumano de la verdad y del ingenio. Los deleites mentales que disfrutan en sus contemplaciones son harto mas deliciosos, puros y sublimes que los logros corporeos; menos sujetos á la saciedad y á ser arrebatados, como con frecuencia lo son los honores, las riquezas, la hermosura; y permanentes é incorruptibles, dejan despues de la muerte esclarecido rastro de eterna nombradía. ¡Cuán superior no es el hombre que contribuyó á la civilizacion de sus semejantes á aquellos personajes arrojados al trono por la mera casualidad del nacimiento ó de los vaivenes políticos, para deshonrarse tal vez en él y bajar al sepulcro cargados con el odio de las naciones! ¡Cuán to mas fácil no es adquirir riquezas que ciencia y sabiduría! Desprecien el saber el vulgo ignorante y los pecheros

de los grandes, arrástrense en horabuena bajo el carro de la fortuna, paladeen la humillacion que les halaga: los siglos ensalzan el verdadero mérito, y vuelcan y anonadan las vanidades temporales.

Solo á la ciencia será dable algun dia resolver los problemas mas importantes á la felicidad de la humana especie; cual seria el arte de prolongar la vida mas allá del término ordinario, con medios mas eficaces que los que hasta ahora nos ha prescrito la hijiene; y el de disminuir los dolores físicos y las penas morales, ó acrecer los placeres y logros puros durante el plazo de esta vida. ¿No se ha logrado ya en cierto modo extinguir el azote de las viruelas por medio de la vacuna, y no podemos esperar tambien preservativos análogos contra otros jéneros de contajios?

Si conseguimos perfeccionar ciertos animales domésticos en castas mas robustas, mas vividoras, mas intelijentes, como por ejemplo el perro; si podemos por otra parte deteriorar y disminuir algunas otras razas; ¿no podemos tambien ennoblecer la especie humana, crear jeneraciones mas vigorosas, mas bellas y magnánimas? Y ¿porque no hemos de esperar que las edades venideras, ilustradas por tantas investigaciones, heredando los doctos estudios de las jeneraciones pasadas, y viendo los escollos donde nos estrellan nuestros yerros, se lanzarán á la cumbre del glorioso destino que las ciencias les prometen? No dudamos que la posteridad, mas elevada que nosotros en esa gran pirámide de los conocimientos humanos, á la cual arrimamos

una piedra cada uno, alcanzará mas estenso horizonte, bien así como nosotros lo alcanzamos respecto de nuestros abuelos.

El jénero humano camina á la perfeccion; civilizanse los pueblos hasta en los desiertos de América y de la Notasia, en otro tiempo desconocidos; el hombre va estendiendo su imperio sobre toda la naturaleza; y mientras que el salvaje dirige su frágil canoa sobre las livianas ondas, el Europeo, á la manera de un gigante, lanza al mar navíos de alto bordo, móviles fortalezas que señorean el océano con los rayos que á millares disparan sus costados. Estremécense las ondas sojuzgadas cual callan las naciones ante nuestros ejércitos victoriosos. Así pues; los peñascos derribados por la pólvora, las selvas cortadas, el océano contenido por recios diques, los aires traspuestos por el audáz aeronauta, los abismos de los mares sondeados por el buzo debajo la campana, las entrañas del globo sajudas por el minero, que con la lámpara en la mano recorre sus simas para sacar á la luz del día el oro y las piedras preciosas, y esa inmensa red de correspondencias debidas á la industria y á las ciencias, y que nos instruyen todos los dias de los acontecimientos de los antípodas ó de otro hemisferio; todo en fin nos anuncia la grandeza y el alto señorío de nuestra especie.

Esta estension del sér humano no reconoce otro oríjen que el conjunto de intelijencias, con cuyo medio el opulento ciudadano de Paris ó de Lóndres, sin moverse de su delicado sofá de madera de las

Indias, bebe la infusion de una hoja de la China ó de una haba de Arabia, en un vaso del Japon, con el azúcar de las islas Antillas, revolviéndolo con el metal arrancado á las minas del Potosí por los malhadados descendientes de Motezuma ó de Atahualpa. El niño juega con una bola de marfil, ó un pedazo de ballena, para lo cual fue preciso traspasar un enorme cuadrúpedo en los ardientes arenales de África, ó lanzar el harpon á inmenso cetáceo en lo mas remoto de los hielos polares. Millares de negros estrujan en otro hemisferio los tallos de una cañabeja para que el mas pobre labrador europeo pueda azucarar sus alimentos, cual si fuesen aquellos infelices negras abejas humanas de quienes recojemos la miel. ¿No causa asombro ver al hombre imponer tributo con su industria y su saber á todos los entes criados, y hasta á la naturaleza inanimada? ¿No es admirable ver á un particular en su escritorio espidiendo órdenes á Surate, al Senegal, y hasta á los extremos del universo? Tal es sin embargo el negociante de Burdeos ó de Amsterdam. Leves signos negros delineados sobre papel llevan la muerte ó la vida á otro hemisferio, encienden las teas de la discordia y los furores de la guerra, derriban á los príncipes del solio, ó traen á su vuelta oro ú diamantes para adornar los palacios de las orillas del Támesis, del Danubio ú del Sena.

Tal es la vida humana, grande y prodijiosa á los ojos del naturalista. No basta ya conocer el cuerpo solo, esta mole que asalta á nuestros sentidos; otros elementos fermentan en el cerebro, espejo del uni-

verso, y en este corazón, ardiente foco de todas las pasiones: fuerza es ensanchar nuestra esfera siguiendo los pasos de las ciencias que dan al hombre la soberanía en todos los puntos del globo donde puede sacar la espada. Ahora mas que nunca todos somos miembros corresponsales de un cuerpo inmenso, cuyas fibras todas laten todavía después de haber vibrado tan solo una.

HISTORIA NATURAL

DEL

JÉNERO HUMANO.

LIBRO PRIMERO.

SECCION PRIMERA.

DE LA CASTA HUMANA EN JENERAL, Y DE SUS RELACIONES CON
LOS DEMAS ENTES.

ENTRE la variedad de objetos que ojeamos sobre la faz de la tierra, sea cual fuere su importancia ó su grandeza, ninguno nos ofrece mayor interés que nuestra propia existencia. Sobrepuestos al reino animal, y dotados de supremo poder sobre cuanto respira, solo á nosotros compete calar hasta nuestro interior, escudriñar los móviles de la vida y sondear las honduras de nuestra propia naturaleza. Solo al *hombre*, entre todos los entes, fue dado contemplar su alma y pautar sus deberes y sus derechos en este globo; porque todo lo que vive se ignora á sí mismo, escepto tan solo nuestra especie. Así es que los animales dependen todos del hombre como esclavos de su señor, al paso que el hombre, rey y señor de la tierra, solo depende de